

SARAH KUŹMICZ

EL ROSTRO SIGNIFICA LO INFINITO

feb 2026- abr 2026 CASA SEFARAD-ISRAEL, MADRID

Texto para la exposición:

La rama del almendro por Gonzalo del Puerto

La pintura se ha enfrentado a lo irrepresentable en varios sentidos a lo largo de su historia. Sabemos sin sorpresa que la inteligibilidad de la imagen no depende inmediatamente del acto de abrir los ojos: entender lo que los ojos ven al abrirse presupone la cancelación de la inmediatez de su significación para remitirla a otra inercia radical, felizmente inerradicable de la condición humana, la meditación de los sentidos. Abrir los ojos permite intuir lo invisible. Sólo así puede entenderse la noción compleja, pero nada incomprendible, de la plenitud de la imagen. Si como afirmación general esto puede parecer obviedad, referido a la pintura de Sarah Kuźmicz, es otra cosa: es certeza deslumbrante. En ella remite a una exploración infrecuente: la que busca los límites de lo visible. Pero la profundidad de un motivo tan radical no puede entenderse aquí como mera exploración formal, ya que, más bien, recorre un camino, que Gaston Bachelard habría llamado ontopoético, en el que se intuye a cada paso que es la materia misma y no sólo la forma, lo que es capaz de cobrar sentido propio. Los modos en que en la tradición pictórica occidental ha buscado el más allá de lo visible no son ajenos al ojo atento de la pintora y a su obra. Inscrita en una tradición pictórica que trae a mientes el colorismo veneciano, el claroscuro constituyente de la imagen, del que habla Max Raphaël, la numinosidad que formula la relación fondo y figura en tantas obras de Rembrandt, cabe también ver en ella líneas de continuidad con los fondos de Caravaggio, Ribera y, desde luego, de Velázquez: manifiestamente los del retrato de Pablo de Valladolid, que asombrara a Édouard Manet. Sin embargo, en esa línea de continuidad, en la pintura de Sarah Kuźmicz, la centralidad del rostro, que caracteriza temáticamente su obra, exige aún mayor radicalidad en el planteamiento de la relación, ya mencionada, fondo y figura. Lo que, a su vez, comporta la suspensión, que hablando de su obra resultaría abstracta, entre figuración y abstracción. La realidad a la que apunta su pintura no permite el fundamento de la figura, ni la mimesis que la supone. Va en busca de algo distinto, quizá eso que Pascal Quignard ha denominado *la imagen que falta* y, en ella, esa alteridad en la que intuitivamente resuenan los nuevos cielos y la nueva tierra de la tradición profética de Isaías (65:17), ámbito en que pareciera anclarse, para la artista, el problema de la imagen trascendental. Y jugando un papel esencial en él, el desafío de hacer visible lo que, más allá de lo inmanente, es lo irrepresentable por excelencia: el rostro. No es casual, en este sentido, que una exposición anterior de la artista se titulara *Antes de que el mundo fuera hecho, teníamos un rostro*, idea afín, una vez más, a la que expresa uno de los libros del Nevi'im: el libro del profeta Jeremías (1:5-15), a la que es, a su vez, afín el universo filosófico de Émmanuel Lévinas: "El rostro significa lo infinito". Búsqueda marcada por un ideal que se sabe irrealizable, la de una imagen que será siempre, necesariamente, efímera. El relámpago que al aparecer, desaparece. Y en él, el oscuro fundamento del asombro último de una suerte de prefiguración que careciese del todo de figura. Contemplación de la rama del almendro.